

# CARA

Por IGNACIO AGUSTI

# Y CRUZ

## la sombra de las estaciones

**L**a neblina y el humo que empañaban el aire de las estaciones fueron magníficamente descritos por León Tolstói quien, singularmente en su novela "Ana Karenina", nos da con exactitud el clima y la atmósfera de aquellas construcciones que, en su tiempo, eran escenarios del progreso y signos de la modernidad. Hay páginas de "Ana Karenina" en las que el ambiente de las estaciones es sugeridor, lleno de una extraña tristeza; el bujido del vapor de las locomotoras se convierte en un jadeo casi humano; por las estaciones de Tolstói pasean al azar unas gentes diversas, unos seres apócrifos llegados de alguna parte de la Rusia antigua, empapados de abulia y de dolor; otros esperan sentados en los bancos algo que no se puede precisar, el advenimiento de un oscuro cataclismo, la huida de una desesperanza. Los seres que esperan en las estaciones de Tolstói quedan fuera del tiempo, segregados del curso de las horas. Por los andenes silba un viento en el que gravita el polvillo de la nieve, augur de las estepas, que es como un fantasma ululante en la tiniebla y en la soledad. La muchedumbre, envuelta en sus kaftanes, se arrebujaba en los rincones y forma apilados bultos y grupos de los que no se distingue el perfil. Una noche lúgubre los envuelve a todos.

Ana Karenina, la heroína, y León Tolstói, el autor, murieron ambos en una de estas estaciones. La muerte de Ana Karenina, que se suicida bajo las ruedas de un tren, contribuye a tejer alrededor del ambiente de las estaciones del ferrocarril un nimbo patético. Su disquisición y, al fin, su decisión trágica, van acompañadas por el ritmo lento y distante con que un factor de la estación golpea las ruedas de los vagones con un martillo de hierro, con un campanilleo insistente y monótono. Esa lúgubre música subraya y pone un énfasis obsesionante en la cogitación femenina. Cuando ella se tira bajo el tren, esa música de fondo cesa repentinamente y el hecho tiene una eficacia descriptiva impresionante. Aquellos golpes metálicos y prolongados eran una figuración feliz de la monotonía de la vida y hasta del ritmo fatigado de los corazones. La niebla helada y el rumor, sufren un repentino vaivén al determinarse Ana Karenina a morir bajo el tren. Nos entra a todos un desasimiento, como una arremetida de súbita paz. La cantinela del martillo había llegado a ser el símbolo de una locura.

Tolstói murió asimismo en una pequeña estación, al descender del tren en el que huía, a los ochenta y dos años. En el que huía, ¿de qué? Nadie, ni él mismo, hubiera podido quizá respondernos. En éste su último viaje le acompañaba su hija, quien tampoco ha podido luego explicar cuál era la determinación de su padre. Aquel hombre, aquel viejo, aquel campesino, buscaba la paz. Era, al final de su vida, un cúmulo de generosas entregas. Pero aún conservaba el espíritu indómito de su juventud y la dinámica de sus años mozos. Subió al tren para realizar ese viaje infinito al que había aspirado desde su juventud, para desligarse de las ataduras convencionales de la vida social y hasta de la vida familiar. Era, en puridad, un viaje a Dios. Doliente al poco de subir al tren, tuvo que ser apeado a toda prisa, porque se le secaba el aliento; se moría. Sobre el banco de madera de una sala de espera, en una estación de pueblo, se apagó su luz. Desde entonces, para nosotros las estaciones de ferrocarril, o al menos algunas de ellas, nos sugieren la idea de un tránsito infinito. Nos parece que muchos de los hombres y de las mujeres que están allí aguardando —¿qué?— están a la espera de algún portento metafísico, de algún itinerario que no se marque en los mapas, de una ascensión espiritual suprema,

que les barra del mundo y de sus horas y les sitúe en aquel ámbito sin fronteras ni tinieblas de alguna otra luz, más allá de las estrellas. El mozo de estación que pasa con sus instrumentos picando con insistencia sobre las ruedas de los vagones, y que destila en el aire unos sonidos metálicos cargados de pesadumbre y de melancolía, sería el postrer enviado de este mundo de lágrimas, la última imagen siniestra del dolor humano. Pero los demás esperan el instante indeterminado de la liberación y que al cerrar las pupilas en la telaraña de la niebla se les abran de pronto, como las de Tolstói, a una radiante luz.

Hemos vivido ahora en el mundo de hierro de los trenes que se paran y se cruzan, por toda la zona central de Europa; y hemos llegado a nuestro país y hemos proseguido un viaje que nos ha encendido las luces opacas de los andenes y familiarizado, de nuevo, con el eco de los desvíos y el retumbar de los puentes de hierro. En contraste con el ambiente de los sistemas de transporte de esta época, en contraste con los aeropuertos, todos brillantes de cristal y de níquel, el clima de las estaciones evoca la pesadumbre antigua del hombre, la idea del perpetuo deambular del hombre y la carga de todos los caminos. Seguramente si el avión hubiera sido inventado hace un siglo, a ningún ingeniero se le hubiera ocurrido elaborar una máquina de tren ni cruzar el mapa con los railes de hierro. Pero ya que éstos existían, el ferrocarril se moderniza y se sigue construyendo. Las estaciones del ferrocarril son en toda Europa centros de vida social, comercial y urbana. Hay en estas estaciones los mejores restaurantes de cada población y una infinidad de comercios con rutilantes luces y trasiegos. Pero así como en los aeropuertos el paso de las mercancías y de las gentes es rápido y activo, aquí los hombres no modifican su tránsito lento, su manera sonámbula de andar. Las estaciones del ferrocarril, aun las más amplias, ambiciosas y modernas, mantienen la nostalgia de lo que fueron y viven a otro ritmo. ¿No serán todas ellas como la "Estación Termini" que sirvió de lema a una inolvidable película, final de todos los caminos, la cual, pese a la nitidez de las grandes baldosas de mármol y al brillo de sus aluminios, cercaba de melancolía a los protagonistas de la historia y los dejaba, al fin de ella, con un peso de insondable tristeza? Cuando parte un tren, con su carga imprecisa de gentes, nos damos la idea de un tránsito constante de hombres que no tienen hogar, ni estímulo, ni mañana. La noche engulle a toda esa caterva de transmigrantes silenciosos, mientras otros sueñan, en los bancos de las estaciones, las claridades de un nuevo amanecer, desvelados a trechos por un pitido lúgubre.

Mas donde pervive el alma de las estaciones, donde alienta de verdad lo que ellas tienen de alma errabunda y de fantasma triste, es en aquellas pequeñas estaciones de provincias, en las que se fijara Azorin y que descubrimos inesperadamente, desvelados por un parón del tren, cuando es noche cerrada. Unas gotas de lluvia caen sobre el cristal de la ventanilla y escuchamos, como una intemperante blasfemia, unas voces que pasan y la figura de un hombre que lleva en la mano un farol que apenas da luz. La soledad y el misterio de la tierra están en las dos o tres figuras que se cubren con mantas en el descansillo y que nos miran desde el andén con unos ojos inquisidores. Aquel parón y su escenario nos enfrentan de pronto con una imagen neutra y distante de la vida. Ese es un espectáculo de las tinieblas del mundo, de la soledad y de la tristeza del mundo. De pronto, en la mitad del paisaje, se yergue el alma sutil de Ana Karenina y nos adornamos en la figuración de su perfil y de sus ojos abiertos, mientras un fantasma incógnito golpea con un martillo de cristal en nuestras sienes. Esa es casi la muerte.